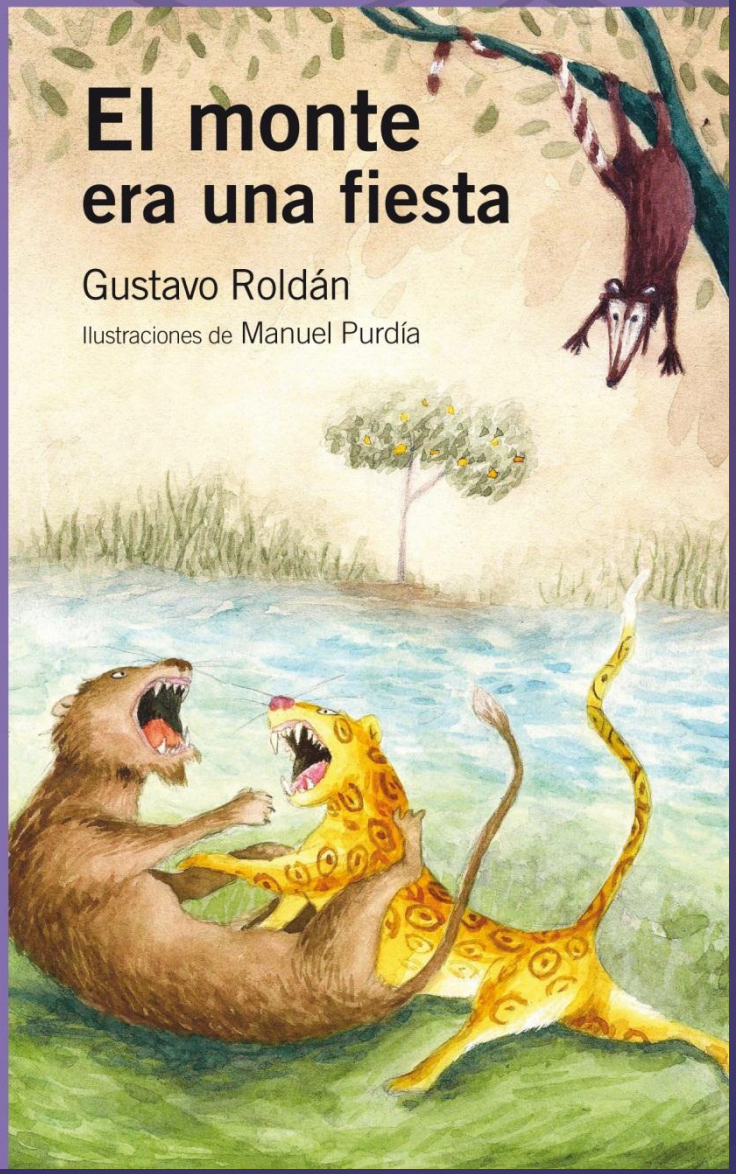
ALFAGUARA INFANTIL

El monte era una fiesta

Gustavo Roldán

Ilustraciones de Manuel Purdía



INDICE

Carta a los chicos 5

Sobre lluvias y sapos 7

El tatú enamorado 11

El árbol más alto 15

El monte era una fiesta 21

El día de las tortugas 27

¿Quién conoce un elefante? 33

La lechuza que sabía razonar 37

Lluvias eran las de antes 43

Sobre lluvias y sapos

La sequía no terminaba nunca aquella vez, y todos los animales tuvieron que hacer largos caminos para encontrar un poco de agua. Cuando por fin aparecía un pozo o una lagunita, al día siguiente ya no tenía ni una gota.

Y de nuevo a empezar.

De nada servía que entre el tatú, la iguana, la paloma y el coatí agarraran al sapo de las patas y lo tuvieran horas enteras panza arriba, como decía la abuelita del coatí que había que hacer para que lloviera.

Nada. Lo único que lograban eran las protestas del sapo:

–¡Pero no, chamigo! ¡Eso es puro cuento! ¡Son mentiras que los sapos panza arriba podamos hacer llover!

Al final le creían, pero más porque se cansaban de tanto tenerlo cada uno por una pata a ese sapo que no se quedaba quieto, y lo soltaban.

Pero al otro día andaba de nuevo el sapo a los saltos, con todos los bichos atrás, que al final siempre lo alcanzaban. Y otra vez horas y horas panza arriba.

–¡No sean supersticiosos! –gritaba el sapo.

–¡Pero que había sido protestón! –decía sorprendido el coatí.

–Compadre sapo –le hablaba con amabilidad la iguana–, le puede hacer mal a la garganta si grita tanto.

–¡Qué sapo inquieto! –decía la paloma.

Cuando al final lo soltaban, el sapo salía a los saltos, estirándose y echando maldiciones.

–¡No hay caso! –decía el tatú–. ¡Nunca queda conforme!

Así andaban las cosas. Cada cual intentaba a su manera conseguir un poco de agua. Pero no había caso. Ni arriba de los árboles, ni detrás de las hojas secas, ni pegando arañazos en la tierra con la pata izquierda.

–¡Qué vivos! –gritaba el sapo estaqueado–. ¿Por qué no prueban con un tatú panza arriba?

–¡No, chamigo –decía el tatú–, tengo la panza muy dura!

–¡Entonces con un coatí!

–¡No y no! –decía el coatí– ¿A quién se le ocurre que un coatí panza arriba pueda hacer llover?

–¡Entonces con el yacaré, que tiene la panza mucho más grande!

Esa idea les pareció buena y aflojaron por un segundo las patas del sapo, que aprovechó para desaparecer en el monte de un solo salto.

Pero ahí nomás se dieron cuenta de que no

solamente la panza del yacaré era muy grande, sino todo el yacaré, y de nuevo todo el bicherío salió corriendo detrás del sapo.

Así seguían las cosas. El sapo a los saltos, protestando. La iguana, el tatú, la paloma y el coatí, corriendo y gritándole:

–¡Pará, chamigo sapo! ¡Dejáte agarrar!

Y la lluvia que no caía.

Pero como decía la abuelita del coatí: "No hay mal que dure cien años", apenas noventa y nueve años después cayó una enorme lluvia y se acabaron los problemas.

El coatí, la paloma, la iguana y el tatú estaban más contentos que víbora con pelecho nuevo.

–¡El método dio buen resultado! –dijo con orgullo la iguana meneando la cola.

–¡Tenemos que felicitar al sapo! –añadió la paloma esponjando las plumas lavadas y brillantes.

Y ahí nomás se fueron a buscarlo. Pero cuando los vio venir el sapo, que no se había olvidado de tanto tiempo panza arriba al santo botón, salió disparando a más no poder.

–¡Pará, pará chamigo sapo! –le gritaban todos.

–¡Pará chamigo, queremos conversar!

Pero el sapo tenía demasiada desconfianza y siguió disparando hasta perderse de vista.

–¡Pucha con este sapo! –dijo el tatú– ¡Nunca va a dejar de ser un protestón

El tatú enamorado

Cerquita del Paraná las flores habían comenzado a crecer por todos lados, como crecen las flores cerquita del Paraná. Los árboles se ponían más verdes, porque era la época en que los árboles se ponen más verdes. Y los pájaros cantaban todo el día, porque se les daba la santísima gana.

El tatú estaba enamorado de la iguana, y andaba pensando cómo conquistarla.

–¡Mi novio debe ser muy pero muy valiente! –decía la iguana, mientras paseaba coleteando de un lado para el otro–. ¡Sí, señor, muy, pero muy valiente!

Y aplastaba flores a coletazos, haciéndose la distraída ante las miradas apasionadas del tatú.

El tatú se paraba en la punta de la cola y silbaba un chamamé, tratanto de llamar la atención.

Se ponía una flor en la oreja y daba vueltas carnero con gran habilidad.

Pero nada. La iguana pasaba a su lado y parecía que ni lo había visto siquiera.

–¡Si yo me animara a pelearlo al tigre! –pensaba el tatú–. ¡Entonces sí que me miraría!

Y los días pasaban y pasaban, porque ahí, cerquita del Paraná, los días siguen pasando aunque uno esté muy enamorado.

Hasta que se le ocurrió una idea, y a galope tendido de tatú se fue hasta la laguna donde vivían las ranas, y adonde iban a tomar agua todos los animales.

Y "bss bss bss", les explicó su idea a las ranas, que se entusiasmaron y dijeron que "sí-cómo-no-encantadas".

El tatú se quedó espiando, escondido entre unas tacuaras.

El mono llegó contento, dando esos saltos mortales que siempre terminaban justo al borde del agua. Pero de la laguna salieron unos ruidos espantosos, como de hipopótamo enojado, y aunque el mono no sabía lo que era un hipopótamo enojado, por las dudas, empezó a dar saltos mortales para atrás hasta desaparecer.

Después vino el zorro, tarareando una polca, pero antes de llegar escuchó los ruidos, y haciéndose el indiferente, dijo:

–Bah, me parece que no tengo sed.

El tigre llegó hasta el agua rugiendo como un tigre, pero los rugidos que salieron de la laguna eran más fuertes que el suyo, y se acordó de que tenía una cita con un amigo, y que se le

hacía tarde, y era mejor que se fuera rápido.

Todos los animales empezaron a tener sed a más no poder. Y la iguana también.

Entonces el tatú, con paso compadre, fue hasta la laguna y tocó la flauta –que era la señal para que las ranas dejaran de hacer ruidos de hipopótamo enojado– y tranquilamente tomó el agua fresca.

Después le hizo señas a la iguana para que se acercara, mientras se ponía en la oreja una flor de mburucuyá y preparaba otra para regalársela.

Ni qué decir que la iguana y el tatú se pusieron de novios.

Y como el tatú sabía que la iguana lo andaba mirando de antes, aunque se hacía la tonta, le contó toda la historia. La iguana primero se enojó, pero después no, porque los coletazos más grandes los había dado cuando pasaba cerca del tatú.

Y ahí, cerquita del Paraná, mientras el tatú y la iguana paseaban bajo los árboles cada vez más verdes, riéndose juntos del hipopótamo enojado, las flores seguían creciendo como crecen las flores cerquita del Paraná.

El árbol más alto

El coatí cachorro se despertó contento, se estiró para un lado y para el otro, y pensó que la mañana estaba muy linda para arruinarla lavándose la cara. Total mientras uno duerme no se ensucia y entonces qué sentido tenía, y listo.

Dio dos pasos para atrás tomando impulso, miró hacia el árbol más alto, y corrió y corrió y trepó por el tronco hasta llegar a la punta.

Ahí, en la última rama, era como estar cerquita del cielo.

–Si este árbol fuera un poquito más grande –pensó– podría tocar alguna nube.

Siempre le pasaba lo mismo. Y cada mañana trepaba a un árbol más alto, pero del cielo, nada.

–Bueno –se dijo–, ya que estoy aquí voy a aprovechar para mirar lejos.

Eso también hacía todas las mañanas, miraba lejos. Y estaba contento mirando lejos y descubriendo mundos.

En esos días las cosas andaban bien para el

pequeño coatí. Tenía árboles para trepar, mucho mundo para descubrir, y una mamá y un papá coatí que eran casi los mejores. Le costaba un poco enseñarles cómo deben ser una mamá y un papá, pero aprendían rápido. Un poquito más y podrían ser los mejores del mundo.

Pero lo que no había forma de hacerles entender era que la vida puede ser muy aburrida si uno no se trepa a los árboles.

Creían que subir a los árboles era sólo subir a los árboles. Les costaba entender que llegar a la punta de la rama más alta era eso, sí, pero también un montón de cosas más.

–Sí, sí –decía el coatí papá–. ¿Pero qué otra cosa?

–Uf –decía el coaticito, molesto porque su papá no entendía–, es como comer una naranja muy dulce cuando uno tiene sed.

–¡Ah! –decía el papá poniendo cara de "ahora sí", pero después preguntaba–, ¿y entonces por qué no te comés una naranja?

–Claro –decía la mamá–. Ya traigo una naranja para cada uno.

–No, yo no quiero –decía el coaticito, y se trepaba corriendo a la punta del árbol.

–¡Ay con este chico! –decía la mamá–. ¡Ahora resulta que no le gustan las naranjas!

–Bueno, bueno –decía el papá–, yo me como las dos y listo.

Aquél era un día para ser saboreado. Era un día para sentir el olor de cada pastito y de cada hoja, y el sabor del viento, y el sabor del sol que se quedaba entibiando las hojas de los árboles.

El coaticito subía y bajaba y volvía a subir, y saltaba de rama en rama y de un árbol a otro, raspándose los brazos y arañándose las orejas con las espinas, y golpeándose en cada salto mal calculado. Y en cada golpe y en cada arañazo sentía un poco de dolor y una cosa que no podía nombrar pero que le corría por todo el cuerpo, y estaba contento.

–¡Coaticito! –llamó el papá–. ¡Es hora de bajar!

–Viajar lejos en la punta de un árbol –contestó.

–¡Coaticito! –llamó la mamá–. ¡La comida está lista!

–Un día para saborear el sol –contestó.

–¡Coaticito! –gritaron los dos– ¡Te vas a quedar sin postre!

–El viento tiene olor a naranjas.

–¡¡Coaticito!!

–Un día para descubrir que uno tiene manos y ojos y nariz.

Y entonces el papá coatí se quedó pensando un momento, y haciendo un ademán como quien se saca algo de encima comenzó a correr y se trepó a la rama más alta, y tenía los ojos brillantes, y saltó de un árbol a otro y otro y otro.

Y la mamá quiso decir "pero ustedes están locos", pero sólo dijo "pero ustedes..." y también corrió y trepó a la rama más alta, y no era más una mamá muy mamá que no trepaba a los árboles, sino una mamá que subía y subía cada vez más.

Cuando bajaron, mucho después, no dijeron nada. Se miraron y era como si hubieran dicho muchas cosas, porque cada uno sabía lo que

sentía el otro, y entonces las palabras eran como cáscaras vacías.

–Ahora sí me parece que tengo ganas de comer una naranja –dijo el coaticito.

–Y yo, y yo –dijeron los papás.

–Esta y ésta y ésta –dijo el papá separando tres naranjas–. Me parece que son las que tienen un poco más de gusto a sol.

El monte era una fiesta

Para Alan Sillitoe
y Ernest Hemingway,
con su permiso.

De este lado del río, el monte era grande y verde; las flores crecían llenas de colores, y los pájaros caminaban debajo de los árboles, saltaban en medio de los árboles y volaban arriba de los árboles.

Y del otro lado del río, el monte era grande y verde; las flores crecían llenas de colores, y los pájaros caminaban debajo de los árboles, saltaban en medio de los árboles y volaban arriba de los árboles.

De este lado del río vivían el coatí y el tigre y el zorro y la iguana y el quirquincho y mil animales más.

Y del otro lado del río vivían el mono y el león, y el zorro y la iguana y el quirquincho y mil animales más.

Y en medio del río había una isla de arena finita y amarilla, con un naranjo grande grande.

El tigre y el león vivían discutiendo hasta ponerse verdes, porque cada uno decía que era el único dueño de dormir la siesta bajo ese naranjo.

El coatí corredor vivía de este lado del río. Corría y corría y la tierra se le acomodaba a sus pasos y los troncos caídos estaban en el lugar justo para dar un gran salto y otra vez seguir corriendo.

–¿Qué hacés, coaticito? –le preguntaban sus amigos.

–Estoy corriendo –contestaba.

Y decía "estoy corriendo" como con una risa de estar muy contento.

Todos los animales lo veían pasar por la mañana yendo para ninguna parte, o para todas, que a veces es lo mismo.

Todos los animales, y el tigre también.

Y una mañana el tigre lo llamó:

–Amigo coatí, el león que vive del otro lado del río anda diciendo que ahí vive un monito tan pero tan ligero, que nadie le puede ganar a correr.

–¿Muy pero muy ligero? –preguntó el coatí.

–Sí, sí.

–Ese es un amigo mío. Muchas veces jugamos juntos.

–Sí, sí –dijo el tigre–, pero yo creo que vos sos más ligero.

–Bah, yo me muevo y me muevo y la tierra corre para atrás para que yo vaya más rápido. Y entonces estoy contento.

–Sí, sí –dijo el tigre–, pero hay que terminar con las pretensiones de ese león de la otra orilla que siempre quiere dormir la siesta bajo el naranjo de la isla, y le hice una apuesta.

–¿Qué apostaron?

–Que haríamos una gran carrera con un Gran

Premio, y como vamos a ganar nosotros, ese león de la otra orilla tendrá que buscarse otra isla para dormir, y el monte será una fiesta.

–¡Qué lindo, una carrera del tigre contra el león!

–No, no. Van a correr vos y el monito. Y le vamos a mostrar que nosotros somos los mejores. Y habrá un Gran Premio para vos.

Y llegó el día de la carrera.

Todos los animales estaban entusiasmados. El tigre y el león se decían:

–¡Vamos a ver quién duerme la siesta en la isla!

Y el tigre lo abrazaba al coatí y le decía:

–Vamos a mostrarle que somos los mejores.

Y el león abrazaba al monito y le decía:

–Vamos a mostrarle que somos los mejores.

Pero era el momento de empezar a correr y el avestruz dio la señal de partida. Era una carrera larga y los dos comenzaron a buscar el paso justo para no cansarse.

El monito corría lindo, sabía lo que estaba haciendo.

El coatí dejó que sus patas corriesen solas. Siempre hacía así, y entonces se ponía a pensar. Pero esos pensamientos eran como los sueños, donde todo es posible, y entonces soñar que corría y estar corriendo eran y no eran una misma cosa.

Y se acordó cómo jugaba con el monito, trepando a los árboles un día de calor al lado del río, y ello había sido una alegría y había sido una fiesta.

Pero ahora había que correr y ganar. El monito corría lindo y ligero, pero ya estaba un poco cansado, y el coatí se sentía casi tan fresco como al comienzo. Y se puso contento porque ahora sí estaba seguro de que ganaría el Gran Premio y le pondrían una corona de flores y todas las coaticitas lo mirarían suspirando y ya verían los de la otra orilla quién dormiría la siesta bajo el naranjo de la isla.

Y entonces sintió como una cosquilla en la oreja y que se le ponía colorada. Parecía que a su oreja no le importaba quién dormiría la siesta bajo el naranjo. La cuestión era entre el tigre y el león pero el que estaba corriendo era él. Corriendo como un tonto contra un monito con el que tenía ganas de ponerse a jugar.

Y le entró una rabia por todos lados y se le puso colorada la otra oreja y corrió más rápido y pensó en el Gran Premio que había para el ganador y él se había entusiasmado con las cosas que dijo el tigre, que todos lo aplaudirían, que lo llevarían en andas, que le pondrían una corona de flores, y todas las coaticitas lo mirarían suspirando.

Miró para atrás y vio al monito que ya no podría alcanzarlo y pensó en el Gran Premio que le darían para que después el tigre pudiera dormir la siesta en la isla, y el tronco estaba ahí, al costado del camino, y entonces se sentó.

El monito tardó quince metros en frenar y volvió para atrás.

–¿Qué te pasó? –preguntó con la patita levantada, listo para seguir corriendo–. ¿Por qué tenés las orejas tan coloradas?

–Se me ponen coloradas porque no les impor-

ta quién quede dueño de la isla.

El monito bajó la pata y se tocó la oreja.

–Me parece que a la mía tampoco le importa.

–Lo que voy hacer es bss bss bss –dijo el coatí.

–Eso me gusta y bss bss bss.

–Sí, pero...

–Claro y bss bss bss.

Y hablaron algunas cosas más.

Ya se oían los gritos de protesta del tigre y el león, pero no les hicieron caso.

Se dieron vuelta y se fueron contentos para ninguna parte, o para todas, que a veces es lo mismo.

Y aunque los dos perdieron la carrera y el Gran Premio, ahora que el tigre y el león estarían arrancándose los bigotes y revolcándose de rabia sin saber qué hacer, ahora sí que el monte era una fiesta.

El día de las tortugas

El tigre se miró en el río y se vio un bigote blanco, y pensó:

–¿Será que me estoy poniendo viejo?

Y se quedó haciendo dibujos en el suelo con la pata. Después de un rato rugió:

–¡Esto no puede quedar así!

Y se fue a charlar con otros animales.

–Creo que podríamos vivir muchos años más –dijo–, y el secreto está en saber cuál es el secreto.

–¡Yo sé, yo sé! –dijo el conejo– Para vivir muchos años no hay que correr conejos. Ese es el secreto: no correr conejos.

–¡Eso, eso! –dijo la vizcacha, que siempre se dejaba convencer–, no correr conejos.

–¡Mamboretá pirú! –gritó la pulga, pero justo en ese momento el león le puso la pata encima y no pudo seguir hablando.

–No y no –dijo el gorrión–. Yo oí decir que los elefantes viven muchos años. Hay que hacer como los elefantes.

–¡Eso, eso! –gritó la vizcacha–. Hay que hacer

como los elefantes.

–Claro que sí –dijo el conejo–, viven muchos años porque no andan corriendo conejos.

–¡Surubí guazú! –alcanzó a gritar la pulga que había conseguido asomarse bajo la pata del león, pero el león se movió para un costado y otra vez le puso la pata encima.

–¿Y cómo es un elefante? –preguntó el coatí.

Pero nadie sabía cómo era un elefante. Nadie lo había visto nunca, salvo la pulga que había viajado con un circo y sí sabía, pero cada vez que lograba asomarse bajo la pata del león, el león se movía y otra vez quedaba abajo.

–No y no –dijo la iguana–. Los elefantes no existen, y yo tengo la solución. La tortuga vive más que todos. Hay que hacer como la tortuga.

–¡Eso, eso! –gritó la vizcacha–. Hay que hacer como la tortuga.

–Claro que sí –dijo el conejo–. Hay que hacer como la tortuga, que vive muchos años porque nunca corre conejos.

Y ahí nomás cada uno se fue a buscar algo que le sirviera de caparazón.

El tigre encontró una gran corteza de árbol.

La víbora, un trozo de caña.

La mariposa, un tronquito de eucaliptus.

La liebre y la vizcacha se repartieron un coco mitad y mitad.

El león encontró un tronco hueco.

El sapo, una cáscara de huevo.

Todos encontraron algo que les servía. Todos menos la pulga.

Y así siguieron las cosas. Y no andaba mal, nadie se moría. Pero el mono no podía dar sal-

tos en el aire; el coatí no podía trepar a los árboles; la paloma no podía volar; el tordo no podía silbar. Porque ésas son cosas que no hacen las tortugas.

Los animales paseaban por el monte, y todo era una cáscara que se movía lentamente. Y el monte parecía dormido, sin rugidos, sin carreras, sin saltos, sin silbidos. Sólo un lento caminar de tortugas que se cruzaban en silencio, dispuestas a vivir muchos años.

Sólo la pulga, tic tic tic, se paseaba de un lado para el otro, aprovechando que el león no la podía pisar.

–¡Curuzú cuatiá! –decía–. Mientras no encuentre una caparazón que me guste muchísimo, no me pongo nada. Y me parece que no voy a encontrar ninguno.

Y tic tic tic, seguía saltando de aquí para allá, sobre el gran empedrado de caparazones.

El mono y el coatí se juntaban y caminaban despacito, como caminan las tortugas. Y casi ni miraban las ramas de los árboles, porque las tortugas no miran las ramas de los árboles. Y no daban saltos mortales ni corrían carreras, ni todo ese montón de cosas que era tan lindo hacer pero que no hacen las tortugas.

Al final andaban un poco tristes.

Una mañana el sol salió lleno de color, el cielo amaneció más azul que nunca y las flores mostraban para todos lados su alegría.

El monito y el coatí se vieron desde lejos y comenzaron a acercarse para pasear juntos, pero caminaban tan despacito que no llegaban nunca. Ya llevaban como dos horas caminando sin

poder encontrarse cuando, tic tic tic, vieron a la pulga que saltaba sobre ese mundo de tortugas, divertida a más no poder.

No lo pensaron siquiera. Dieron un manotón a sus caparazones y la cara se les llenó de sol, y los suspiros que dieron hicieron un viento fresco que alborotó a las flores.

El monito dio siete saltos mortales, el coatí trepó a tres árboles seguidos, y un segundo después corrían juntos y se subían a los troncos y saltaban de rama en rama.

–No, no y no –dijo la vizcacha–. Yo quiero vivir muchísimos años muy tranquila.

Pero ya todos los animales habían visto a la pulga y el viento de suspiros se les había metido entre pelos y plumas, y hasta debajo del caparazón, y volaron cortezas y troncos huecos y cáscaras de huevos de un lado para el otro.

–No, no y no –dijo la vizcacha mirando para todos lados.

Pero ya no quedaba nadie con caparazón, y ella también empezó a sacárselo.

Y se oyeron silbidos y cantos y gritos, y hubo saltos y vuelos, y el monte se llenó de ruidos y movimientos.

De repente fue como si se le hubieran encendido todas las luces. El monte volvía a ser el monte.

¿Quién conoce un elefante?

Tal vez todo empezó ese día en que alguien nombró al elefante y nadie sabía qué era un elefante. No pasó nada, pero la palabra elefante e-le-fan-te, e-l-e-f-a-n-t-e, **elefante**, comenzó a dar vueltas por muchas cabezas.

–Yo no les tengo miedo a esos elefantes –dijo el sapo inflándose.

–Pero mire, don sapo, que dicen que vive muchos años –contestó preocupada la vizcacha.

–Esas son puras historias, yo lo desafío a pelear a cualquier elefante que ande por ahí. Seguramente es un animal de patas gordas al que le hago una zancadilla, le salto sobre la cabeza y se rinde y no quiere pelear más.

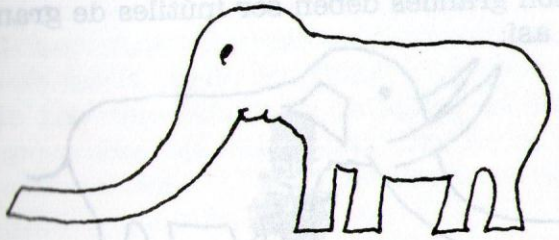
–¿Usted cree que es un aninal con patas gordas? –preguntó la vizcacha.

–Seguro, seguro. ¿Qué otra cosa puede ser? Y encima trompudo.

–¿Trompudo?

–Sí, sí. Si quiere, se lo dibujo.

Y con un palito el sapo hizo en el suelo un dibujo así:



–¡Qué bicho feo! –dijo la vizcacha– ¿Está seguro de que es tan feo?

–Sí, sí. Y cobarde. Porque ni siquiera se anima a correr conejos. Seguro que le tiene miedo a los conejos. Debe ser un animal orejudo.

–¿Orejudo? ¿Usted cree que es orejudo?

–Más que seguro. Y con cola corta, que es lo más feo que hay. Lindos son los animales con cola larga y mejor sin nada de cola, pero con cola corta... Mire, se lo dibujo:

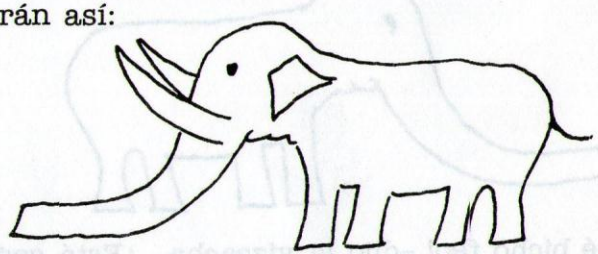
–Pero, don sapo, ¿y si tiene grandes dientes? –dijo preocupada la vizcacha.

–¿Grandes dientes? No me haga reír. No debe tener más que dos. Sí, seguro que sólo tiene dos. Lindos son los animales que tienen muchos dientes, y más los que no tienen ninguno.

Pero tener solamente dos...

–¿Y si son grandes?

–Si son grandes deben ser inútiles de grandes. Serán así:



–¿Y será todo peludo?

–¿Peludo? No. Como si lo estuviera viendo. Lindos son los animales peludos, y más los que no tienen nada de pelo. Pero éste debe tener cuatro pelos locos, que es lo más feo que hay. Seguro que sí, cuatro pelos locos.

–¿Y el tamaño, don sapo? ¿Cómo será el tamaño?

–Por la facha, como un ratón. Seguro que sí, como un ratón. ¿No le digo que yo le hago una zancadilla y le salto a la cabeza y se rinde y no quiere pelear más?

–¡Usted sí que sabe cosas, don sapo!

–¡Ja! –dijo el sapo–. ¡A quién le van a hablar de elefantes!

Y poniéndose un pastito en la boca con gesto compadre, se zambulló en la laguna ante los ojos admirados de la vizcacha.

La lechuza que sabía razonar

Cómo será un elefante? –preguntó la urraca.

–No sé qué les ha dado a todos por los elefantes –dijo la lechuza–. Y cualquiera se pone a opinar. Ya me enteré de que por ahí un sapo anda diciendo que él sabe cómo son los elefantes.

–¿Y no sabe, doña lechuza?

–Qué va a saber, m'hijita. ¿No ve que eso es pura imaginación?

–¿Y usted sabe, doña lechuza?

–¡Claro! ¡Yo sé muchas cosas! Y eso me autoriza a decir cómo es un elefante. Se lo voy a dibujar, amiga urraca, para que usted también lo sepa.

Y agarró un palito para dibujar en el suelo, diciendo:

–Lo fundamental es saber razonar. Esa es la fórmula. Ra-zo-nar. Yo sé algunas cosas sobre los elefantes, mire usted:

1º Vive en el Africa.

2º Se usa como animal de transporte.

3º Es enemigo de los tigres.

4º Corre de una manera poco elegante.

5º Come las hojas altas de los árboles.

–No veo nada claro en todo eso –dijo la urraca–. No me lo puedo imaginar.

–No hay que imaginar, m'hijita, no hay que imaginar. Hay que ra-zo-nar. Ese es el secreto del conocimiento. Y ahora le dibujo un elefante. Por todo lo que dije, es así:

–¡Quién lo hubiera dicho! –dijo la urraca–. ¡Por fin conozco un elefante!

–Todo es mérito de un profundo razonamiento y una simplísima deducción. Yo, m'hijita, le di todos los elementos.

–Pero a mí no me dice nada que viva en el Africa o que corra de manera poco elegante.

–Y, sin embargo, eso dice mucho. El Africa es un lugar donde hace calor, y entonces, no puede ser un animal todo lleno de pelos largos. Y corre de una manera poco elegante por algo muy evidente, por tener las patas de adelante

más largas que las de atrás. ¿O cree que puede tener unas enormes patas gordas?

–¡Quién lo hubiera dicho! –dijo la urraca, mirando atentamente el dibujo–. Así que tiene el cuerpo como un caballo y un cogote largo, largo.

–Seguro. Y todo eso ya estaba explicado antes.

–No me acuerdo, doña lechuza.

–Ah, m'hijita, hay que razonar más seguido. ¿No le dije que era un animal de transporte? Por eso es así, para que lo puedan ensillar como a un caballo. ¿O usted cree que a un animal le va a poner una casilla encima?

–Ya veo, ya veo. Eso sí. Pero, ¿y las manchas de tigre?

–También lo dije: el elefante es un enemigo del tigre. Y ya se sabe, el mayor enemigo es el que más se parece a uno mismo. Entonces éste debe ser un animal que tiene manchas como un tigre, y el tigre se enoja cuando lo ve. ¿Está claro? Jamás podría ser de color gris.

–Sí, sí. Pero ese cogote tan largo. Eso sí que no entiendo.

–Y es lo más simple, y no podría ser de otra manera. Atienda, m'hijita, y aprenda a deducir. Yo dije que se alimentaba de las hojas altas de los árbcles...

–Y yo me imaginé un monito, que también come los brotes altos de los árboles.

–Bien imaginado. Muy bien imaginado. Pero mal razonado. Si este elefante tiene patas como un caballo, no puede trepar a los árboles. ¿Y cómo podría hacer? De una sola manera. Eso

dice la lógica, de una sola manera: con un cuello muy pero muy largo. ¿O usted cree que puede tener una trompa larga para cortarlos?

–¡Quién lo hubiera dicho! Amiga lechuza, usted me ha dado una gran lección. Ahora sé cómo es un elefante.

–Por favor, m'hijita. Para mí es un placer enseñar –dijo la lechuza–. Y ya sabe, cuando necesite algo, no tiene más que venir a preguntarme. Yo tengo una respuesta para todo.

Lluvias eran las de antes

Qué manera de llover! –dijo el mono.

–¿Llover? Ja –dijo el sapo–, no me haga reír, m'hijo. Lluvias eran las de antes.

–¿Sí, don sapo?

–Si sabrá de lluvias este sapo. Figúrese que yo supe estar en el diluvio universal.

–¿En el diluvio universal?

–Y en otro montón de diluvios.

–Cuente, don sapo, ¿cómo eran las lluvias de antes?

–Los que andaban tristes eran los tigres. Apenas veían una nubecita en el cielo y ya corrían a esconderse.

–Entonces los tigres de ahora son más valientes.

–¿Tigres de ahora? Ja. No me haga reír. Tigres eran los de antes.

–¡Pero le tenían miedo a la lluvia!

–¿Miedo? Qué iban a tener miedo. Es que llovía tan fuerte que se les borraban las manchas. ¡Si sabrá de tigres este sapo!

–¿Y usted andaba en medio de los tigres?

–¿En medio? No, m'hijito. En medio no. Arriba de los tigres, domándolos. Fui el mejor domador de tigres de mi época.

–¿Y no lo asustaban los rugidos?

–¿Rugidos? ¡Quién les habrá enseñado a rugir sino este sapo! Y eso que rugidos eran los de antes. ¡Qué manera de rugir! Parecía que era el fin del mundo! ¡Qué tiempos los de antes!

–Me da envidia, don sapo. Pero ésta también es una época peligrosa.

–¿Peligrosa? Peligros eran los de antes. Pero toda gente valiente. Y más los sapos. Este mundo ha cambiado, m'hijo.

Un ruido de hojas y ramas quebradas se oyó entre los árboles, y el sapo de un salto se zambulló en la laguna.

–Eh, don sapo –dijo el mono–, no dispare que es sólo un tigre.

El sapo asomó los ojos en medio de la laguna y contestó:

–¿No le dije que el mundo está cambiando? ¡Sapos eran los de antes!